

## LOS ENTRESIJOS FILOSÓFICOS DE LA MENTE

Carlos MOYA, *Filosofía de la mente*, Universidad de Valencia, 2004.

*Filosofía de la mente* es un manual donde su autor, Carlos Moya, recorre la problemática que rodea a la reflexión acerca de la mente. Dividido en tres partes, tituladas, respectivamente, «Mente y cuerpo: la naturaleza de la mente», «La intencionalidad de la mente» y «Mente y acción», este libro constituye una introducción a las cuestiones de la mente dirigido a los estudiantes universitarios.

En la primera parte, Moya expone el problema mente / cuerpo a través de las distintas posturas que han tratado de teorizar esta cuestión. Así, hace una revisión, analizando los fundamentos y principales objeciones, del dualismo, el conductismo lógico, el materialismo de la identidad, el funcionalismo, el monismo anómalo y el materialismo eliminativo. Haciendo uso de un estilo muy claro y ameno, Moya dedica el primer capítulo a aclarar la definición de lo mental y de los conceptos mentalistas, tales como actitudes proposicionales, estados intencionales, estados fenomenológicos, estados mixtos, la conciencia, la intencionalidad, etc., y esboza la polémica que hay en torno a ellos, es decir, cómo se relacionan, qué implicaciones tienen... No obstante, no es éste un capítulo cerrado sino que, todo lo contrario, abre la puerta e invita al lector a seguir profundizando en este debate que el autor continúa a través de trece capítulos más, donde el lector puede hacerse una idea más refinada y completa de los conceptos que se adelantan en este capítulo 1.

El orden expositivo que seguirá el autor a lo largo de la primera parte del libro se corresponde con el orden histórico, en el cual se sucedieron (grosso modo) las distintas perspectivas que han tratado de explicar el fenómeno de lo mental y su relación con el cuerpo. Por esta razón, el capítulo 2 está dedicado al dualismo, donde Moya lleva a cabo una exposición de la formulación cartesiana del mismo. En ésta, analiza el argumento cartesiano, según el cual, yo, como sujeto de mis pensamientos, puedo dudar

de la existencia de mi cuerpo pero no puedo dudar de mi yo, en tanto que estoy pensando; por lo tanto, yo, como sujeto de mis pensamientos, es algo distinto e independiente de mi cuerpo y capaz de existir sin él. Dicho análisis lo realiza el autor atendiendo a la verdad de las premisas y a la validez de la forma lógica y, con bastante claridad, concluye que, aunque las premisas son verdaderas, la forma lógica del argumento no es válida. Siguiendo las palabras de Moya:

«[...] hay razones empíricas importantes para aceptar que, al menos en los seres humanos, el cerebro es la base material indispensable de las funciones mentales, de modo que si nuestro cerebro se destruyera no podríamos pensar. Supongamos, pues, que es verdad que no puede haber pensamiento sin cerebro. [...] Sin embargo, puedo construir el siguiente argumento: a) yo puedo dudar que mi cerebro existe (puedo concebir que mi cerebro no existe); b) yo no puedo dudar que yo, como sujeto de mis pensamientos, existo; luego c) yo, como sujeto de mis pensamientos, soy distinto e independiente de mi cerebro y puedo existir sin él. Las dos premisas son verdaderas. [...] Pero la conclusión es, *ex hypothesi*, falsa, o, en el supuesto más débil, puede ser falsa, aunque las premisas son verdaderas, lo que muestra que esta forma de argumentar no es válida. La certeza que tengo con respecto del hecho de que estoy pensando no la tengo respecto de la existencia de mi cerebro, pero esto no prueba que de hecho yo pueda existir sin cerebro» (pp. 30-31).

Según Moya, el error del dualismo cartesiano está en el paso que da de la posibilidad epistémica a la posibilidad real, así como de la posibilidad lógica a la metafísica; tránsito que lleva a cabo sin justificación. Ante esto, el autor plantea otras posibles interpretaciones del argumento, pero ninguna de ellas consigue salir impune ya que han de hacer frente o bien a la teoría del significado de Frege, o bien a los contextos intensionales que introducen expresiones como dudar, creer, imaginar...

A pesar de todos estos contra-argumentos, que dan lugar a un resultado negativo del dualismo, Moya resalta algunos rasgos positivos como el hecho de que permite conciliar la ima-





gen cotidiana de los seres humanos con la imagen científica, afirmando que ambas son verdaderas, puesto que tratan de cosas distintas: la científica se centra en el cuerpo y en el mundo físico, mientras que la cotidiana se ocupa del alma, la racionalidad, la libertad, la responsabilidad, etc.; así como también permite dar cuenta de la autoridad de la primera persona y de la asimetría entre la primera y la tercera persona, si bien, y éste es otro de sus inconvenientes, no permite explicar la causalidad mental, es decir, la interacción psicofísica.

El siguiente capítulo, el tercero, está dedicado al conductismo lógico, donde el autor destaca que el rasgo común de las distintas versiones del mismo es la tesis según la cual las relaciones entre la mente y el comportamiento son internas o constitutivas. Una vez señalado esto, analiza las versiones de autores como Carnap, Ryle y Wittgenstein. Al hablar de Carnap, Moya resalta el hecho de que la versión de éste del conductismo lógico nace en el seno del positivismo lógico, explicando a su vez algunas hipótesis de éste, como la idea de una ciencia unificada, la hipótesis del reduccionismo y el principio de verificación. Cuando trata el pensamiento de Ryle, por otro lado, destaca su énfasis en la filosofía del lenguaje ordinario, donde se distingue la filosofía de la ciencia y se afirma que los problemas se presentan con forma de dilemas conceptuales que se resuelven solucionando estas confusiones categoriales. En concreto, con el problema mente-cuerpo, «ofrece una concepción de los fenómenos mentales que no hace referencia alguna a actividades internas llevadas a cabo por una entidad inmaterial. Los fenómenos mentales hacen referencia más bien a la manera de llevar a cabo actividades públicas o a ciertas disposiciones y capacidades para desempeñar esas tareas» (p. 58). Otra característica de este pensamiento que es resaltada en este libro es la negación del reduccionismo y de la asimetría entre la primera y la tercera persona y, por tanto, el rechazo de la autoridad de la primera persona. Por último, con respecto a Wittgenstein, Moya explica de manera muy sencilla la teoría de este autor acerca del lenguaje o el significado, resaltando sobre todo el concepto de «uso», «comunidad lingüística»... En este sen-

tido y en relación con la mente, la propuesta de Wittgenstein es que si lo mental fuese algo interno, desligado del mundo físico, comportamental y público sería imposible determinar la corrección o no del lenguaje psicológico, lo que lo haría carente de significado. Estas ideas se desprenden de la negativa de Wittgenstein a considerar la existencia de un lenguaje privado. Por ello, sostiene una concepción contextual o relacional de lo mental, es decir, lo mental sólo tiene cabida en un contexto determinado, en un marco de relaciones con la conducta.

Una vez expuestas estas posturas que Moya considera representantes del conductismo lógico, destacando sus puntos fundamentales así como sus aspectos críticos, pasa a explicar la propuesta conocida como el monismo de tipos o de propiedades (capítulo 4). Ésta, explica el autor, es una doctrina materialista según la cual las propiedades o tipos mentales son propiedades o tipos de estados neurofisiológicos. En otras palabras, el materialismo de la identidad mantiene que la relación mente-cerebro es una relación de identidad, donde los estados y procesos mentales son idénticos a estados y procesos del sistema nervioso. Asimismo, resalta Moya, la teoría de la identidad es una teoría que debe ser entendida como una hipótesis científica, cuya verdad ha de ser confirmada o refutada por el desarrollo de la investigación psicológica o científica y no mediante análisis conceptuales a priori. En este marco del materialismo de la identidad, Moya destaca a algunos autores como los siguientes: Smart y Place, cuyo pensamiento se centró en la identidad de los estados fenoménicos, siendo de este modo una teoría que, hasta cierto punto, completaba al conductismo lógico, dando una explicación de aquellos estados que escapaban a éste; Armstrong, quien extendió la teoría hasta abarcar las actitudes proposicionales o estados intencionales, convirtiéndola así en una teoría general sobre la naturaleza de la mente y alternativa teórica al conductismo lógico. Por otro lado, destaca el autor de este manual varias de las críticas esgrimidas contra la teoría de la identidad; objeciones que son de carácter conceptual, empírico, modal (con Kripke y su teoría de los designadores rígidos) y epistemológico (de la mano de Jackson y Nagel).

El capítulo 5 está dedicado a una de las posturas teóricas más relevantes dentro del panorama filosófico de las últimas décadas: el funcionalismo. El funcionalismo surgió como una propuesta alternativa al conductismo lógico y a la teoría de la identidad de propiedades. La idea general que defiende es que las propiedades mentales son propiedades funcionales, donde «... Una propiedad funcional F de un objeto es una propiedad que ese objeto posee exclusivamente en virtud de su aptitud para cumplir cierto papel causal en un determinado contexto» (p. 99). Los objetos con esta propiedad pueden clasificarse en función de ésta independientemente de que difieran en el resto de sus propiedades físicas de primer orden. No obstante, existe entre las propiedades físicas y las funcionales algunos tipos de relación o dependencia, lo que aprovecha Moya para introducir los conceptos de *superveniencia* y *realización*. De este modo, esta «tesis se extiende tanto a los estados mentales intencionales como a los estados fenomenológicos. Lo esencial para que un determinado sujeto tenga la creencia de que *p* no es que en su cerebro haya una configuración neuronal de un tipo determinado, sino que se halle en un estado que guarde las relaciones adecuadas con otros estados y procesos y cumpla el papel causal adecuado en la organización de dicho sujeto» (p. 101). Así definida, esta tesis se opone a la reducción física de la psicología, manteniendo que se puede usar el lenguaje mental de modo competente sin necesidad de poseer un conocimiento de la estructura del sistema nervioso. Asimismo, a pesar de elevarse como una alternativa a las anteriores propuestas teóricas, Moya resalta algunos aspectos que tiene en común con ellas, a saber: a) junto con el conductismo lógico, afirma que la mente guarda una relación constitutiva con la conducta, en tanto que causa cierta conducta o disposición a la conducta; b) con la identidad de tipos, concibe los estados mentales particulares como estados físicos particulares, lo que le permite a su vez preservar, frente al dualismo, la capacidad que la teoría de la identidad tiene de hacer inteligible la causalidad mental, es decir, la influencia causal de la mente sobre la conducta.

Por último, destaca el autor el hecho de que el funcionalismo es la teoría más aceptada hoy

día y la que subyace a las ciencias cognitivas y resalta sus dos fuentes: por un lado, la reflexión sobre las consecuencias de la concepción causal de la mente por autores como Armstrong y Lewis, que dará lugar al funcionalismo analítico y, por otro lado, la reflexión sobre la inteligencia artificial por autores como Putnam y Fodor, lo que conducirá al funcionalismo computacional.

Después del funcionalismo, Moya pasa a explicar la particular hipótesis del monismo anómalo, formulado y representado por Davidson, del cual destaca la idea de que «Para el monismo anómalo, los conceptos mentales constitutivos de la imagen cotidiana, de la llamada ‘psicología popular’ o ‘psicología de sentido común’ (*folk psychology*), representan el único medio de unificar la explicación causal de la conducta humana con la consideración de los seres humanos como seres racionales, libres y responsables de sus acciones. [...] No hay equivalencias lógicas ni nomológicas entre propiedades mentales, por una parte, y propiedades comportamentales, neurofisiológicas o funcionales, por otra. Así, un ser humano es un sistema físico y, en principio, sería posible explicar y predecir, basándose en leyes físicas, los fenómenos físicos que tienen lugar en él. Pero desde el momento en que un ser humano se considera como sujeto de propiedades mentales, se sitúa más allá del poder predictivo de las leyes físicas y no es posible determinar, basándose en leyes físicas o psicofísicas, los fenómenos mentales que tienen lugar en él. Tampoco es posible predecir los fenómenos mentales de un ser humano basándose en leyes psicológicas, porque no hay leyes psicológicas estrictas. Así, el monismo anómalo pretende reconciliar, en el marco de un monismo sustancial materialista, el determinismo físico, la tesis según la cual los fenómenos físicos se hallan determinados por leyes estrictas, con el indeterminismo mental, la tesis según la cual no hay leyes psicofísicas o psicológicas que determinen y permitan predecir los fenómenos mentales (de ahí el calificativo ‘anómalo’ del monismo davidsoniano, que quizás fuese preferible sustituir por ‘anómico’), y, con ello, la imagen cotidiana de los seres humanos con la concepción científica de los mismos» (p.118). En esta cita podemos observar la idea fundamental de esta postura y su enorme complejidad, a pesar





de la cual Moya consigue explicarla de modo bastante sencillo y claro.

El último capítulo de esta primera parte está centrada en la tesis del materialismo eliminativo, que defiende la idea de que la psicología popular es una teoría empírica falsa y de que sus supuestas propiedades mentales no son propiedades reales de ningún objeto. Ningún concepto mental del lenguaje cotidiano es científicamente respetable y, por tanto, lo mejor que se puede hacer con ellos y con la teoría de la que forman parte es abandonarlos. Dentro de esta postura, Moya destaca las versiones de Quine, Churchland y Rosenberg, analizando cada una de ellas, prestando especial atención a los aspectos comunes entre ellas y a los aspectos críticos de cada una de ellas.

Con la propuesta del materialismo eliminativo, Moya da por concluida la primera parte de este libro que además constituye la parte más extensa del mismo. Las otras dos profundizan en cuestiones más particulares como son la intencionalidad en la segunda parte y la causalidad mental en la tercera.

En el capítulo 8, primero de la segunda parte, el autor trata la postura del internismo intencional, si bien previamente aclara algunas cuestiones relacionadas con el problema general de la intencionalidad. Aunque ya hizo alguna referencia en capítulos anteriores, en esta apartado, Moya recuerda que el contenido intencional de un estado mental refleja el modo en que el sujeto concibe la realidad, independientemente de que ésta sea así o no, y destaca dos problemas a tener en cuenta: a) un sujeto puede tener actitudes mentales distintas hacia contenidos intencionales que, si son individuados por su extensión, serían el mismo (éste se conoce como el problema de la correferencia); b) un sujeto puede tener actitudes mentales hacia un contenido intencional que versa sobre algo que no existe. Una teoría adecuada del contenido ha de tener presentes estos problemas, así como la triple dimensionalidad del contenido, es decir, el hecho de que el contenido mental tiene al menos tres dimensiones, a saber: a) semántica: hay una proyección hacia la realidad que comparte con el lenguaje y donde surge el problema de la relación contenido-mundo, esto es, ¿el mundo

externo es constitutivo del contenido intencional?; b) explicativo-causal: lo que creemos y deseamos nos lleva a actuar de cierto modo y así explicamos el comportamiento intencional de los sujetos apelando a sus creencias y deseos; c) epistemológica: está relacionada con la autoridad de primera persona, puesto que normalmente el sujeto tiene conocimiento directo, no-inferencial, del contenido de sus propios deseos, creencias e intenciones.

Tanto el internismo como el externismo tratan de dar cuenta de estas tres dimensiones pero así como el primero tiene recursos para abarcar las dos últimas pero no la primera, el externismo no tiene problemas para abarcar la primera pero sí las otras dos. En este sentido, el internismo, también conocido como individualismo, afirma que el contenido viene determinado exclusivamente por factores internos al individuo, es decir, es completamente independiente de los factores externos a la mente o al cerebro del individuo. Por el contrario, el externismo es la tesis según la cual los contenidos de las actitudes proposicionales o intencionales son constitutivamente dependientes del entorno externo del sujeto, de modo tal que las modificaciones en el entorno implican significados diferentes de las palabras y contenidos mentales diferentes. Ambas propuestas están explicadas en detalle en los capítulos 8 y 9 respectivamente. En el capítulo 10, el autor profundiza en la relación existente entre intencionalidad y significado, es decir, en los problemas de intencionalidad, atendiendo sobre todo al vínculo entre el internismo intencional y el internismo semántico representado por Frege, por un lado, y entre el externismo intencional y el externismo semántico representado por las teorías de la referencia directa, por el otro.

El último apartado de esta segunda parte se ocupa de la naturalización de la intencionalidad; un programa de investigación cuyo objetivo es ofrecer una explicación de las propiedades intencionales y semánticas de la mente en términos de propiedades que no son, a su vez, ni intencionales ni semánticas. Moya destaca el hecho de que la inspiración de este programa está basada en el espíritu materialista, puesto que afirma que las propiedades consideradas como condi-

ciones suficientes de la intencionalidad tienen que ser compatibles con una ontología materialista fundamentada en las ciencias naturales.

Por último, la tercera parte de este manual está dedicado a explicar la relación entre mente y acción. En este sentido, en el primer capítulo, el 12, indaga en la naturaleza de la acción intencional, lo que entendemos por acción intencional cuando decimos que alguien ha actuado intencionalmente, distinguiéndola por tanto de un simple acontecimiento o suceso. Así, retoma las sugerencias de Anscombe en conexión con esto y esboza la problemática en torno a las mismas. Siguiendo la línea de Anscombe, Davidson propone la teoría causal de la acción intencional más elaborada e influyente en la actualidad, según la cual las explicaciones por razones constituyen un tipo especial de explicaciones causales y con ello una concepción causal de la acción intencional. Esta propuesta de Davidson será explicada en el capítulo 13, dejando para el último capítulo de esta tercera parte y del libro, la cuestión general de la causalidad mental. La causalidad mental es algo que damos por sentado en nuestra vida diaria, es decir, no cuestionamos el hecho de que el modo en que actuamos depende de lo que creemos, deseamos y decidimos hacer. De aquí su importancia crucial. No obstante, el problema que plantea la causalidad

mental no consiste meramente en mostrar cómo es posible que sucesos que son mentales puedan tener efectos físicos, sino en mostrar cómo es posible que su carácter mental (y en particular su contenido intencional) sea causalmente relevante en la generación de tales efectos. En este sentido, se encuentra con importantes dificultades filosóficas: 1) con la tesis del carácter anómalo de lo mental; 2) con el externismo semántico e intencional; 3) con el principio de la clausura causal del mundo físico.

Con todo, Moya consigue dar una visión bastante completa del panorama actual de la filosofía de la mente, explicando de manera muy sencilla y amena las principales propuestas teóricas y los problemas fundamentales que surgen en la reflexión acerca de lo mental. Al hacer esto, consigue introducir al lector en uno de los campos filosóficos más debatido hoy día, así como proporciona una cantidad significativa de autores que han tratado el tema que, al acompañarlos con numerosas citas de los mismos, logra que el lector se aproxime a las fuentes de dichos pensamientos. Por todo esto, *Filosofía de la mente* se convierte en un libro imprescindible para todo aquel que desee introducirse en el misterioso y complejo mundo de la vida mental.

Tamara OJEDA ARCEO

